

al paso que ilustráis al pueblo acerca de sus derechos, no le excitéis a la venganza; porque si algún día llega á vengarse, á vos mismo os asustarían las represalias.

Marat se sonrió de un modo espantoso.

— An! dijo, si llegase ese día viviendo yo... si tuviese la dicha de presenciar ese día.....

Rousseau oyó estas palabras, y asustado del tono con que se habían pronunciado, como se asusta el viajero de los primeros truenos que preceden á la tempestad, cogió á Gilberto en sus brazos y trató de llevarsele.

— Dos hombres de buena voluntad para ayudar al señor Rousseau, dijo el cirujano; dos hombres del pueblo.

— Aquí estamos... aquí... contestaron diez voces.

Rousseau no tuvo más trabajo que escoger y señaló á dos robustos mocetones que al momento levantaron á Gilberto.

Al retirarse pasó inmediato á Felipe, y le dijo:

— Tomad mi linterna, caballero, pues ya no la necesito.

— Gracias, señor, gracias, contestó Felipe.

Y cogió la linterna alejándose al punto, mientras Rousseau se dirigía hacia la calle Platriere.

— ¡Pobre joven! murmuró el filósofo al verle desaparecer entre las calles llenas de escombros.

En seguida continuó su camino lleno de sobresalto, pues todavía resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y de desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:

— ¡Los hombres del pueblo! ¡Vengan únicamente los hombres y las mujeres del pueblo! ¡Maldición á los nobles, á los aristócratas y á los ricos!

## XXI

## La vuelta

Mientras que esas mil catástrofes se sucedían sin interrupción, el señor de Taverney escapaba como por milagro de todos los peligros.

Incapaz de oponer la menor resistencia física á la fuerza devoradora que despedazaba cuanto hallaba por delante, pero sereno y hábil, había sabido mantenerse en el centro de su grupo que iba rodando hacia la calle de la Magdalena.

Aquel grupo, tropezando con los parapetos de la plaza, estrellándose contra las esquinas del Guarda-Muebles, dejaba en sus flancos abundante número de heridos y muertos, pero había logrado, aunque diezmado, sacar su centro fuera de peligro.

Entonces la multitud de hombres y mujeres que componía el grupo se esparció por el boulevard para respirar un aire puro, lanzando mil gritos de contento.

El señor de Taverney, como todos los que habían llegado sanos hasta allí, se vió enteramente fuera de peligro.

Parecería increíble lo que vamos á decir, si no hubiésemos ya hecho conocer francamente á nuestros lectores el carácter del barón: en medio de los tormentos de tan tremenda noche, el señor de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó más que en sí mismo.

Añadía el barón á su complexión poco tierna el ser

hombre de acción, y sabido es que en las grandes crisis de la vida esta especie de temperamentos se rigen siempre por la máxima de César: *Age quod agis*.

No decimos, pues, que el señor de Taverney se acababa de portar como egoísta, solamente aseguramos que había estado distraído.

Pero al verse ya sobre la tierra firme del boulevard, dueño de sus movimientos, al ver que dichosamente se había librado de la muerte para volver á entrar en la vida, arrojó un grito de satisfacción, al cual siguió otro grito:

— ¡Hija mía! exclamó el barón. ¡Hija mía!

Y permaneció inmóvil con los brazos caídos, cabizbajo, fijos los ojos en el suelo, rebuscando entre sus recuerdos todos los pormenores de la cruel separación.

— ¡Pobre caballero! murmuraron á su lado algunas compasivas mujeres, y poco después se formó en torno suyo un círculo dispuesto á quejarse, pero más dispuesto aun á preguntar.

El señor de Taverney no abrigaba instintos populares y se encontraba mal en medio de aquella muchedumbre quejumbrosa; hizo, pues, un esfuerzo para alejarse de ella, se separó al fin, y no podemos menos de confesar en honor suyo que dió algunos pasos hacia la plaza.

Pero aquellos pasos iban dirigidos por el movimiento irreflexivo del amor paternal, que nunca se apaga enteramente en el corazón del hombre, pero á poco rato se detuvo aconsejado por la prudencia.

He aquí la marcha progresiva de su dialéctica en el acto de tomar la última determinación:

En primer lugar, la imposibilidad de poner los pies en la plaza de Luis XV, llena de escombros y de cadáveres: además, la multitud salía de la plaza en todas direcciones, y tan absurdo era el romper sus oleadas

amenazadoras, como insensato para el nadador tratar de remontar la corriente que baja estrepitosamente desde el Rhin á Schaffouse.

Además, aun cuando la mano del Omnipotente le guiase por aquel mar inmenso de cuerpos humanos, ¿cómo encontrar á una mujer entre cien mil mujeres? ¿Cómo dejar de exponerse de nuevo y sin esperanza de conseguir cosa alguna á una muerte que por milagro acababa de evitar?

Y luego acudía á su pecho la esperanza, ese divino resplandor que dora siempre á los ojos de los mortales las negras nubes de la lóbrega noche.

¿No se hallaba tal vez Andrea en compañía de su hermano Felipe, cogida de su brazo, y bajo la protección del hombre y del hermano?

Que él, hombre débil, vacilante anciano, hubiese cedido al torrente de la multitud, nada tenía de extraño; pero Felipe, aquella naturaleza ardiente y vigorosa, Felipe, cuyos músculos eran de acero, que podía considerarse como responsable de la vida y de la seguridad de su hermana... ¡Oh! era imposible. Felipe había luchado, sin duda, pero también había vencido.

El barón, á fuer de buen egoísta, adornaba á Felipe de todas las cualidades de que el egoísmo carece y que excluye con gusto de la naturaleza de sus propios individuos, pero que quiere que las posean los otros; no ser fuerte, generoso, valiente, para el egoísta es ser egoísta, su adversario, es decir, su enemigo, porque se le figura que le roban las ventajas que cree tener derecho á sacar de la sociedad.

Habiéndose, pues, tranquilizado el señor de Taverney por la fuerza de sus propios é interesados raciocinios, sacó al momento la natural consecuencia de que Felipe había salvado á su hermana, que tal vez había

perdido también algún tiempo buscando á su padre para sacarlo de aquel infierno; pero que, según todas las probabilidades, había vuelto á tomar el camino de la calle Coq-Herón acompañado de Andrea, que debía estar muy asustada por las ocurrencias de la noche.

Dió pues la vuelta, y bajando por la calle del convento de Capuchinas llegó á la plaza de las Conquistas de Luis el Grande, llamada hoy plaza de las Victorias.

Pero no bien estuvo á veinte pasos de su morada, cuando Nicole, que se hallaba como de centinela en el umbral de la puerta, y se entretenía con algunas comadres, exclamó:

— ¿Y el señor Felipe? ¿y la señorita Andrea? ¿Qué ha sido de ellos?

Porque ya todo París sabía por los primeros fugitivos la catástrofe de aquella noche, exagerada aun por el terror.

— ¡Dios mío! respondió el barón algo conmovido. ¡Pues qué! ¿no han vuelto?

— ¡Oh! no por cierto; no se les ha visto por aquí.

— Se habrán visto obligados á rodear por otras calles, repuso el barón temblando cada vez más, según iban desapareciendo los cálculos de su lógica.

No pudo hacer por consiguiente otra cosa que situarse en la calle, acompañado de Nicole que sollozaba, y de La Brié que elevaba las manos al cielo.

— ¡Ah! ya llega el señorito Felipe, gritó Nicole con un acento de terror imposible de describir, porque Felipe se adelantaba solo, desesperado, muerto de fatiga entre las tinieblas de la noche.

— ¿Ha venido mi hermana? preguntó no bien hubo divisado el grupo que obstruía el umbral de la puerta.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el barón tristemente sin acertar á dar un paso.

— ¡Andrea! ¡mi pobre Andrea! exclamaba el joven acercándose con trabajo. ¿En dónde está?

— No la hemos visto, no está con nosotros, contestó Nicole llorando amargamente. ¡Querida señorita! ¡Ah! ¡qué desgracia!

— ¡Y tú puedes venir sin ella! dijo el barón con una cólera tanto más injusta, cuanto que ya hemos visto los resultados del secreto de su lógica inflexible.

Felipe, por única respuesta, se llegó á él y le enseñó su rostro ensangrentado y su brazo roto y pendiente del tronco de su cuerpo como una rama inútil y muerta.

— ¡Santo cielo! murmuró el anciano. ¡Andrea! ¡infeliz Andrea!

Y se dejó caer sobre el banco de piedra inmediato á la puerta.

— La encontraré viva ó muerta, gritó Felipe con acento desgarrador.

Y volvió á emprender su marcha con desesperada actividad, procurando ocultar su mano izquierda, ayudándose con la derecha, entre los botones de su levita: aquel brazo roto le estorbaba para penetrar otra vez entre la multitud, y si hubiese tenido una hacha, lo hubiera cortado.

Entonces fué cuando encontró en el funesto campo de los muertos, que ya hemos visitado, á Rousseau, á Gilberto y al terrible cirujano empapado en sangre, que más se asemejaba al demonio infernal, nuncio de los horrores de aquella noche, que al genio bienhechor que acudía al socorro de las víctimas.

Felipe anduvo errante por mucho tiempo en la plaza de Luis XV, pues no le era posible separarse de los muros del Guarda-Muebles, en cuyas inmediaciones había sido hallado Gilberto, ni dejar de contemplar aquel pedazo de muselina blanca que el joven había conservado y apretado en su mano.

Por último, cuando los primeros resplandores del día iluminaban el Oriente, extenuado Felipe, viéndose expuesto á caer entre los cadáveres que le impedían el paso, más pálido que los mismos muertos, sobrecojido de un vértigo extraño y esperando también, como había esperado su padre, encontrar á Andrea en su casa, se dirigió maquinalmente hacia la calle Coq-Herón.

Desde lejos vió en el umbral de la puerta el mismo grupo que allí había dejado, y no tardó en conocer que Andrea no formaba parte de él.

El barón le reconoció, y dijo temblando :

— ¿ Qué noticias nos traes ?

— ¡ Ah ! ¿ conque aun no ha vuelto ? preguntó Felipe.

— No, no, no; exclamaron á un tiempo el barón, Nicole y La Brie.

— ¿ Pero ninguna noticia ? ¿ Ninguna información ? ¿ Ninguna esperanza ?...

— Nada, nada.....

Felipe cayó en el banco de piedra, y el barón exhaló una exclamación salvaje.

Al mismo tiempo apareció un fiacre en medio de la calle, se fué aproximando lentamente, y por fin se detuvo delante de la puerta del señor de Taverney.

Divisábase por el cristal de la portezuela la cabeza de una mujer que parecía desmayada : Felipe, sobresaltado con aquella aparición, se puso en pie, abrióse la portezuela del fiacre y bajó de él un hombre que llevaba en sus brazos á Andrea al parecer inanimada.

— ¡ Muerta ! ¡ muerta ! ¡ Al fin nos la traen ! exclamó Felipe cayendo de rodillas.

— ¡ Muerta ! repitió débilmente el barón. ¡ Ah, caballero ! decidme si es cierto que.....

— No lo creo, señores, contestó tranquilamente el hombre que sostenía á Andrea, antes bien me figuro

que la señorita de Taverney sólo está desmayada.  
— ¡ Dios mío ! ¡ El hechicero ! ¡ el brujo ! gritó el barón.

— ¡ El señor conde de Bálamo ! murmuró Felipe.

— El mismo, caballeros, y me doy el parabién por haber reconocido á la señorita de Taverney en medio de tan terrible conflicto.

— ¿ En dónde la habéis encontrado ? preguntó Felipe.

— Cerca del Guarda-Muebles.

— Sí, dijo aquél, y pasando al punto de la alegría á la desconfianza, añadió :

— Conde, nos la devolvéis muy tarde.

— Caballero, respondió Bálamo con sosiego, ya podéis comprender fácilmente el apuro en que he debido encontrarme : ignoraba dónde vivía la señorita vuestra hermana, y la hice conducir á casa de la señora marquesa de Savigny, que es amiga mía, y habita cerca de las caballerizas reales. Allí, este mozo que estáis viendo y me ayudaba á sostener á la señorita... Acercaos, Comtois.

Bálamo acompañó sus últimas palabras con una seña, y al punto salió del fiacre un hombre con librea de la real casa.

— Allí, como decía, añadió Bálamo, este honrado mozo, que pertenece á la real servidumbre, reconoció á vuestra hermana por haberla conducido una noche desde la Muelle á vuestro domicilio. La señorita debe este feliz encuentro á su maravillosa hermosura ; la he hecho colocar á mi lado en el fiacre, y ahora tengo el honor de devolveros con todo el respeto debido á la señorita de Taverney no en tan mal estado como creéis.

Diciendo así depositó á la joven entre los brazos de Nicole y de su padre.

El barón sintió deslizarse por primera vez una lágrima de sus ojos, y aun cuando se admiró interiormente de aquel exceso de sensibilidad, la dejó correr con libertad por sus arrugadas mejillas. Felipe ofreció á Bálamo la única mano de que podía disponer.

— Caballero, le dijo; ya conocéis mi nombre y no ignoráis dónde vivo: lo único que deseo es que se presenten ocasiones en que pueda pagaros el singular favor que acabáis de hacer á mi familia.

— He cumplido un deber, respondió Bálamo, y no olvido que os debía la hospitalidad que me concedió vuestro padre en Taverney.

Saludando á todos al mismo tiempo, dió algunos pasos para alejarse, sin contestar á la oferta que el barón le hacía para que entrase en su casa; pero volviéndose de pronto, añadió:

— Perdonad, señores; he olvidado dejaros las señas del domicilio de la señora marquesa de Savigny; vive en la calle de San Honorato, muy cerca de los Fuldenses: os lo digo por si la señorita de Taverney cree de su deber visitarla.

En estas explicaciones, en esta precisión de pormenores, en esta acumulación de pruebas había tanta delicadeza, que Felipe y aun el mismo barón no pudieron menos de notarla.

— Caballero, dijo el segundo; mi hija os debe la vida.

— Lo sé, señor barón, respondió Bálamo, y me considero dichoso por eso mismo.

En seguida, acompañado de Comtois, que no quiso aceptar un bolsillo que le alargó Felipe, montó Bálamo en el fiacre y desapareció.

Casi al mismo tiempo, y como si la partida de su libertador hubiera hecho cesar el desmayo que la sobrecogía, abrió Andrea los ojos; pero permaneció

por algunos instantes muda, inmóvil, aturdida y con la vista espantada.

— ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! murmuró Felipe. ¿ Es posible que el cielo no nos la devuelva sino para tenerla que llorar? ¿ Se habrá vuelto loca?

Andrea manifestó que comprendía estas palabras con un movimiento de cabeza, y sin embargo continuó silenciosa como si la dominase el imperio de un éxtasis extraño.

Estaba entonces en pie, con un brazo extendido en la dirección de la calle por donde se había retirado Bálamo.

— Vamos, vamos, dijo el barón; ya es tiempo de que esto se acabe. Felipe, sostén á tu hermana, y entremos.

El joven ofreció á Andrea el brazo que le quedaba útil: la joven se apoyó en Nicole, y como si estuviese dormida, se dirigió á su pabellón.

Allí fué donde recobró el uso de la palabra exclamando:

— ¡ Felipe! ¡ padre mío!

— ¡ Ah! ¡ ya nos reconoce! gritó el primero con júbilo.

— Sí, sí, os reconozco bien; ¡ Dios mío! ¿ qué es lo que ha sucedido esta noche?

Y al pronunciar estas palabras volvió á cerrar los ojos, no por efecto de un nuevo desmayo, sino á impulsos de un sueño apacible y tranquilo.

Nicole se quedó con ella en el pabellón, la desnudó y la acostó en su lecho.

Al entrar Felipe en su cuarto encontró á un médico que el previsor La Brie había ido á buscar desde el momento en que desapareció toda especie de inquietud respecto á Andrea.

El doctor examinó el brazo de Felipe, que no estaba

precisamente roto, sino dislocado, de modo que una presión hábilmente dirigida, aunque muy dolorosa, hizo que su eje entrase en la articulación de que había salido.

Después de esto, Felipe, que todavía no estaba tranquilo en cuanto á Andrea, condujo al médico hasta el pabellón en que aquélla descansaba.

El doctor tomó el pulso á la joven, observó la respiración y se sonrió.

— El sueño de vuestra hermana, dijo, es tan sosegado y tan puro como el de un niño. Dejadla dormir, caballero, pues ese es el único remedio que necesita.

Por lo que toca al barón, satisfecho suficientemente con la vuelta de sus hijos, nació mucho tiempo que estaba dormido.

## XXII

## El señor de Jussieu

Si nos volvemos á trasladar á la calle Platriere, á donde el señor de Sartines había enviado su agente, hallaremos allí en la mañana del 31 de mayo á Gilberto tendido sobre un colchón en el mismo cuarto de Teresa, y á su lado á ésta y á Rousseau con varios vecinos contemplando aquella lúgubre muestra del acontecimiento que todavía hacía estremecerse á todo París.

Gilberto, pálido y ensangrentado, había abierto los ojos, y así que recobró el uso de los sentidos, procuró incorporarse y mirar en torno suyo como si aun se hallase en la plaza de Luis XV.

Su semblante expresó primero una profunda inquietud, después una grande alegría, que desapareció luego bajo una nube de tristeza.

— ¿Padecéis, amigo mío? le preguntó Rousseau estrechando su mano con tierna solicitud.

— ¡ Ah! dijo Gilberto. ¿ Quién me ha salvado? ¿ Quién ha pensado en mí, en un pobre abandonado y solo en el mundo?

— No estabais muerto, hijo mío, y esto es lo que os ha salvado; ha pensado en vos aquel que piensa en todos.

— Pero no deja de ser una imprudencia, murmuró Teresa, el ir á mezclarse en semejantes barullos.

— Sí, sí, no hay duda, es una imprudencia, repitieron en coro los vecinos.

— Señores, poco á poco, replicó Rousseau; no hay imprudencia en hacer aquello que no presenta un peligro patente, y no hay peligro patente en ir á ver unos fuegos artificiales. Si efectivamente ocurre en tal caso una catástrofe, los hombres sobre quienes recae no son imprudentes sino desgraciados. Yo creo, señores, que nosotros mismos, que ahora murmuramos de los demás, hubiéramos hecho otro tanto.

Gilberto miró en torno suyo, y conociendo que se hallaba en el aposento de Rousseau quiso hablar, pero el esfuerzo que hizo agolpó su sangre á la boca y á las narices, y el infeliz volvió á perder el sentido.

Rousseau, que había recibido acerca del caso varias instrucciones del cirujano de la plaza de Luis XV, no manifestó la menor sorpresa, pues esperaba aquel resultado, por cuyo motivo había dispuesto colocar al enfermo en un colchón sin sábanas.

— Ahora, dijo á Teresa, puede ya acostarse definitivamente este pobre muchacho.

— ¿ En dónde ?

— Aquí mismo, en mi cama.

Gilberto oyó estas palabras, pero la debilidad le impidió contestar á ellas tan pronto como deseaba; hizo, sin embargo, un esfuerzo violento, y volviendo á abrir los ojos, dijo :

— No, no ; allá arriba... arriba.

— ¿ Queréis volver á la bohardilla ?

— Con mucho gusto si os parece bien.

Y acabó de expresar más bien con los ojos que con la lengua este deseo, dictado por un recuerdo más poderoso que el dolor y que parecía, en su espíritu, sobrevivir á la razón.

Rousseau, que participaba de todos los excesos de

la sensibilidad, comprendió aquel deseo, pues contestó al punto :

— Está bien, hijo mío, os llevaremos arriba. Ya ves, Teresa, dijo á ésta, no quiere incomodarnos.

Teresa aprobó con entusiasmo la determinación del joven, y en consecuencia se trasladó al punto á Gilberto á la bohardilla que acababa de solicitar tan explícitamente.

Á eso del medio día fué Rousseau á pasar junto á su discípulo el tiempo que otros días solía perder en el arreglo por colecciones de sus vegetales favoritos, y el joven, algo más tranquilo, le refirió con voz baja y fatigosa los pormenores de la pública catástrofe de la noche anterior.

No declaró, sin embargo, el motivo que le había obligado á asistir á los fuegos artificiales, diciendo que únicamente la curiosidad le había conducido á la plaza de Luis XV.

Rousseau no podía tampoco sospechar otra cosa sin ser brujo.

Así fué que no manifestó á Gilberto la menor sorpresa, contentándose con las preguntas que ya le había hecho y recomendándole la mayor paciencia. Tampoco le habló del pedazo de tela que le había visto en la mano cuando le encontraron, y del cual se había apoderado Felipe.

Sin embargo, aquella conversación que para los dos se acercaba tanto al interés real y á la verdad positiva, on era por eso menos agradable, y á ella se entregaban con la mayor efusión cuando resonaron repentinamente los pasos de Teresa en la bohardilla.

— ¡ Jacobo ! gritó, ¡ Jacobo !

— ¿ Qué hay ?

— Sin duda algún príncipe que viene á visitarme, dijo Gilberto sonriéndose melancólicamente.

— ¡ Jacobo ! volvió á repetir Teresa.

— Vamos, ya oigo. ¿ Qué se ofrece ?

— El señor de Jussieu está abajo, respondió Teresa, y habiendo sabido que anoche os vieron en la plaza, viene á saber si estáis herido.

— El señor de Jussieu es un excelente sujeto, repuso Rousseau, como todos los que por afición ó por necesidad se acercan á la naturaleza, manantial de todos los bienes. Permaneced tranquilo, Gilberto, y no os mováis de aquí, que pronto vuelvo.

— Gracias, gracias, murmuró Gilberto, y Rousseau salió de la bohardilla.

Pero no bien había puesto el pie fuera de ella cuando, incorporándose Gilberto del mejor modo que pudo, se arrastró hasta la ventana, desde la cual se descubría la del pabellón de Andrea.

Mucho esfuerzo era para un joven casi extenuado y sin ideas expeditas subirse á un taburete, separar el bastidor del ventanillo y encaramarse hasta la arista del techo : Gilberto pudo al fin conseguirlo ; pero llegado al punto que deseaba ocupar se le oscureció la vista, tembló su mano, agolpóse á sus labios la sangre y cayó sobre el piso de la bohardilla.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de ésta, y entró Juan Jacobo precediendo al señor de Jussieu, al cual dirigía mil cumplimientos.

— Cuidado, cuidado, mi querido sabio, le decía ; bajad un poco la cabeza, porque esta habitación... en fin, ya estáis viendo que no estamos en un palacio.

— Muchas gracias, pero no ignoráis que tengo buenos ojos y buenas piernas, contestó el distinguido botánico.

— Gilberto, gritó Rousseau, este caballero viene á visitarnos. ¡ Ah ! ¿ qué es esto, Dios mío ! añadió

mirando el lecho vacío. ¿ En dónde está ? ¡ El infeliz se ha levantado !

Y al ver el ventanillo abierto se preparaba ya á dirigir á su discípulo un sermón paternal, cuando levantándose Gilberto con trabajo, le dijo con apagado acento :

— ¡ Tenía tanta necesidad de aire !

Rousseau no tuvo valor para reprenderle, porque en su rostro se retrataba lo mucho que interiormente sufría.

— En efecto, observó el señor de Jussieu, aquí hace un calor insoportable. Veamos, joven, veamos ; dejad que os tome el pulso, porque también soy médico.

— Y mejor médico que otros muchos, añadió Rousseau, porque lo sois del alma y del cuerpo.

— Me hacéis demasiado honor, murmuró Gilberto débilmente y procurando ocultarse en su cama á las miradas de sus favorecedores.

— El señor de Jussieu se ha empeñado en visitaros, dijo Rousseau, y he aceptado su oferta. Vamos, doctor, ¿ qué decís de ese pecho ?

El hábil anatómico palpó los huesos y examinó la cavidad por medio de una auscultación detenida.

— El fondo es bueno, respondió, pero ¿ quién diablo os ha estrechado en sus brazos con tanta fuerza ?

— ¡ Ah, señor ! la muerte, dijo Gilberto.

Rousseau miró al joven con admiración.

— ¡ Oh ! estáis muy magullado, sí, terriblemente magullado ; pero eso desaparecerá con tónicos, con e aire puro y con distracciones.

— Nada de distracciones, dijo Gilberto observando á Rousseau, pues no se han hecho para mí.

— ¿ Qué quiere decir ? preguntó el señor de Jussieu.

— Gilberto es incansable para el trabajo, contestó el filósofo.

— Hace bien, pero estos días no se trabaja.

— Para vivir se trabaja todos los días, repuso Gilberto, porque todos los días se vive.

— ¡Oh! vos no consumiréis ahora mucho alimento, y las tisanas que debéis tomar no cuestan mucho.

— Por poco que cuesten, caballero, yo no recibo limosna.

— Estáis loco, replicó Rousseau, y exageráis todas las cosas. Os prevengo que haréis todo lo que el señor ordene, pues será vuestro médico, aunque os pese. ¿Podéis creer, añadió dirigiéndose al señor de Jussieu, que me ha suplicado que no llame facultativo?

— ¿Por qué?

— Por no ocasionarme ese gasto, pues nuestro enfermo es orgulloso.

— Sin embargo, observó el señor de Jussieu sin dejar de examinar con el más vivo interés aquella cabeza fina y expresiva de Gilberto; por orgulloso que sea un hombre, no es capaz de hacer más que lo posible. ¿Os creéis, pues, en situación de trabajar, después de haber caído desplomado por no poderos sostener en ese ventanillo?

— Es verdad que me siento muy débil, murmuró Gilberto.

— Y por lo tanto necesitáis descanso, y sobre todo descanso moral... Estáis en casa de un hombre con quien todos cuentan menos su huésped.

Agradecido Rousseau á este delicado cumplimiento que le dirigía un gran señor, estrechó su mano afectuosamente.

— Además, prosiguió el señor de Jussieu, pronto seréis objeto de los cuidados paternos del rey y de los príncipes.

— ¡Yo! exclamó Gilberto.

— Vos, vos, pobre víctima de un deplorable acontecimiento. Al saberlo el Delfín ha manifestado el

dolor más profundo y sincero, y la Delfina que iba á salir con dirección á Marly, se ha quedado en Trianon, á fin de hallarse más cerca de los desgraciados, á quienes ha mandado dar eficaces auxilios.

— ¿Es cierto eso? preguntó Rousseau.

— Ciertísimo, mi querido filósofo; y no se habla de otra cosa, sino de la carta que ha escrito el Delfín al señor de Sartines.

— No ha llegado á mi noticia.

— Es un acto admirable de sencilla caridad. El Delfín recibe todos los meses dos mil escudos de pensión, y viendo esta mañana que no se los enviaban, recorrió pensativo y dando pruebas de su disgusto todas las habitaciones de palacio, hasta que cansado de esperar, ha enviado repetidas órdenes al tesorero: éste al fin le ha llevado la suma mensual que le corresponde, y el príncipe sin perder minuto la ha remitido á París con una carta al señor de Sartines, quien me la ha comunicado al instante.

— ¡Ah! ¿conque habéis visto hoy al señor de Sartines? dijo Rousseau.

— Sí, acabo de separarme de él, respondió el señor de Jussieu con cierto embarazo, pues necesitaba algunas semillas que él puede proporcionarme, de modo que la Delfina, añadió con viveza, permanecerá por ahora en Versalles para cuidar á sus enfermos y heridos.

— ¿Sus enfermos y heridos!

— Sí, pues no es el señor Gilberto el único que ha padecido. ¡Oh! el pueblo sólo ha pagado esta vez una contribución parcial de sangre, y entre los heridos se cuentan muchísimos nobles.

Gilberto lo escuchaba todo con una avidez y ansiedad inexplicables, pues le parecía á cada instante que

el nombre de Andrea de Taverney iba á salir de los labios del ilustre naturalista.

El señor de Jussieu se levantó.

— Es decir que habéis concluido vuestra visita, dijo Rousseau.

— Sí, y mi ciencia es de todo punto inútil para este enfermo, que sólo necesita aire puro, ejercicio moderado y algunos paseos por el campo. ¡ Ah ! á propósito de eso.....

— ¿ Qué ?

— Trato de emprender mañana un reconocimiento botánico en el bosque de Marly. ¿ Sois hombre capaz de acompañarme, mi ilustre y aventajado compañero ?

— ¡ Oh ! repuso Rousseau, decid más bien vuestro admirador indigno.

— Y con eso se presenta también una ocasión propicia para que se pasee nuestro enfermo, que puede acompañarnos.

— ¿ Tan lejos ?

— Si está á dos pasos de aquí : además, iremos en mi coche hasta Bougival, en seguida subiremos á Luciennes por el Camino de la Princesa y entraremos en el bosque de Marly. Como á fuer de botánicos tendremos que detenernos á cada instante, el joven Gilberto llevará nuestras sillas de tijera, y mientras nosotros herborizamos, recobrará él las fuerzas y la vida.

— Sois un hombre excelente, mi querido sabio, exclamó Rousseau.

— Dejadme obrar, pues tengo en ello un interés particular : no ignoro que tenéis ya preparado un envidiable y concienzudo trabajo acerca de los musgos, tarea que yo también he emprendido, pero en la cual camipo algo á tientas, lo cual quiere decir que confío en vuestras luces para que me sirvan de guía.

— ¡ Oh ! exclamó Rousseau, cuya satisfacción brilló en sus ojos, aunque procuró disimularla.

— También allí tendremos nuestro almuerzo, dijo el botánico ; un almuerzo ligero á la sombra de los árboles, y tampoco nos faltarán magnificas flores... Conque... ¿ es cosa hecha ?

— Ni más ni menos.

— Corriente ; queda dispuesta la partida para el domingo.

— ¡ Partida deliciosa ! Ya me parece que sólo tengo quince años, pues disfruto de antemano todos los placeres de que pienso gozar, contestó Rousseau con una satisfacción infantil.

— Y vos, amigo mío, preparad vuestras piernas para el paseo del domingo.

Gilberto murmuró algunas palabras como dando las gracias, las cuales no oyó el señor de Jussieu, y los dos botánicos salieron de la bohardilla, dejando al joven entregado á sus pensamientos y sobre todo á sus temores.